

**DEMOCRACIAS EN DISPUTA:
ELEMENTOS PARA EL DEBATE DESDE EL
“MALESTAR EN LA DEMOCRACIA” EN AMÉRICA LATINA**

Francisco J. Verdes-Montenegro

29 de marzo de 2021

2021 es un año en el que, mientras la pandemia de COVID-19 sigue impactando en todos los ámbitos del día a día, se abre un nuevo ciclo electoral en América Latina cargado de citas con las urnas. Entre ellas, se pueden destacar las elecciones constituyentes en Chile durante el mes de abril, junto con presidenciales en Ecuador, Perú, Chile, Honduras, Nicaragua, sin perder de vista las legislativas, no coincidentes con presidenciales, en El Salvador, Argentina y México, además de otras elecciones regionales y locales.

La primera vuelta de las elecciones presidenciales en Ecuador el 7 de febrero de 2021 ha supuesto una relativa sorpresa: al triunfo de Andrés Arauz se suma el fuerte apoyo que ha tenido el dirigente indígena del Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik, Yaku Pérez. Por su parte, el resultado de las elecciones parlamentarias en El Salvador, no por ser más previsible, ha dejado de llamar la atención. Nuevas Ideas (NI) el partido emergente del actual mandatario, Nayib Bukele, obtuvo una ma-

yoría holgada en el poder legislativo. Con ello, además de afianzarse el fin del bipartidismo de posguerra salvadoreño entre la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), se refuerza una gestión y un estilo de hacer política que, desde un prisma democrático liberal, despierta fuerte preocupación por la erosión de los derechos fundamentales y de principios básicos como la separación de poderes. Lejos de ser un caso aislado en la región, la emergencia de este tipo de liderazgos que se proyectan como *outsiders* de la política tradicional merece una honda reflexión sobre los retos de las democracias en el siglo XXI que trasciende a América Latina.

Tras lo acontecido durante el “Asalto al Capitolio” que tuvo lugar el 6 de enero de 2021, con motivo de la investidura de Joe Biden como nuevo presidente de Estados Unidos, la magnitud de los peligros que se ciernen sobre las democracias se ha hecho más presente, si cabe, así como la necesidad de que los sistemas de-

mocráticos den un viraje que ponga freno a su progresivo debilitamiento. Aunque existen distintas lecturas de los motivos que provocaron estos disturbios, el hecho de que sucediera en uno de los epicentros de la democracia estadounidense tuvo una carga simbólica mayor, y sirvió como advertencia de que ningún país está exento de registrar expresiones regresivas que socaven los pilares democráticos.

Este episodio sin precedentes, además, ha redoblado la importancia de una iniciativa que lanzó el propio Biden durante la campaña y que en su investidura se ha señalado como una de las prioridades de su presidencia: convocar una Cumbre para la Democracia a lo largo de su primer año de mandato para “renovar el espíritu y propósito compartido de las naciones del mundo libre”. Sin perder de vista la dimensión geopolítica de esta iniciativa, cabe preguntarse qué encaje tiene la misma desde la perspectiva de América Latina y el Caribe, región en la que distintos/as especialistas e índices advierten de un “malestar en la democracia”.

Para ello, en primer lugar, se revisarán sucintamente algunos índices que abordan el estado de la democracia en América Latina y a escala global. Seguidamente, se atenderá la conceptualización y los elementos que se asocian con el “malestar en la democracia” en la región, para acabar con algunas lecturas que tratan de identi-

ficar distintas explicaciones a la erosión democrática. Todo ello, como una reflexión de algunos de los retos que tienen las democracias en el presente, y como elementos que pueden contemplarse en espacios de diálogo y debate, hoy sin duda especialmente necesarios.

La sincronización del “malestar democrático” en América Latina y la regresión democrática a escala internacional

Distintos indicadores en torno a la democracia en América Latina vienen apuntando en los últimos tiempos un retroceso inquietante, expresado en lo que muchos denominan en América Latina como “malestar en la democracia” (Sanahuja, 2019) o “malestar con la democracia” (Cantillana *et al.*, 2017). La gestión de la pandemia no ha hecho más que intensificar algunas de estas dinámicas, al mismo tiempo que entre 2020 y 2021 ha quedado patente la sincronización existente respecto a los problemas de la democracia a escala regional e internacional.

El último Latinobarómetro disponible, publicado en 2018, ya apuntaba unas tendencias con respecto a la democracia más que preocupantes. Ninguno de los indicadores contaba con una evolución positiva, sobre todo aquellos vinculados a la satisfacción con el funcionamiento de la democracia, la confianza ciudadana en partidos, instituciones, líderes, así como el cuestionamiento de sus éli-

tes. Concretamente, se observó cómo los partidos políticos (13%), el Congreso (21%) y el Gobierno (22%) son, en ese orden, las instituciones peor valoradas en la región; mientras la Iglesia (63%), las Fuerzas Armadas (44%) y la Policía (35%), son las que más confianza aglutinaban entre la ciudadanía de los países latinoamericanos. Salvo en 2003, la percepción de los partidos políticos nunca había sido tan baja, lo que pone de manifiesto la crisis de representación existente, máxime si se aprecia la percepción tan arraigada de que se gobierna para unas élites, que alcanza un máximo de un 79% de media regional (Corporación Latinobarómetro, 2018).

La democracia como tal en América Latina sigue aglutinando un amplio apoyo, aunque en retroceso. En paralelo, como refleja el Latinobarómetro de 2018, el apoyo al autoritarismo no ha dejado de descender, siendo aún alto en algunos países. Entre 1995 y 2017 el apoyo a la democracia como la mejor forma de gobierno ha pasado de en torno a dos tercios de la población total a un 52%. En 2018 ya no llegaba a la mitad de la población, con un 48% en promedio, incluyendo países con niveles mucho más bajos, como México con un 38%, Brasil con un 33% y los países del “Triángulo Norte” de Centroamérica más azotados por la violencia (Guatemala, El Salvador y Honduras), donde esa proporción oscila entre 28% y 33%.

A este respecto, los datos del Latino-barómetro muestran los peores resultados de la serie histórica, desde 1995. En ese sentido, la proporción de personas insatisfechas con el funcionamiento de la democracia pasó de 51% a 71% de 2009 a 2018, y el porcentaje de las que se mostraban satisfechas cayó de 44% a 24%, el nivel más bajo en más de dos décadas. Un 15% declaraba que un gobierno autoritario puede ser preferible y hay países en los que esa proporción es más alta, hasta el máximo de Paraguay y Chile con 27% y 23%, respectivamente. Así, se aprecia un creciente grado de insatisfacción con la forma en la que funcionan las democracias, que trasciende los procesos electorales. Se observa también una amplia desconfianza en las instituciones, dado que un 60% de la población latinoamericana no confía en sus gobiernos, mucho más que en otras regiones.

Los casos de corrupción han agravado el deterioro de las élites y la desconfianza ciudadana, con un distanciamiento claro hacia partidos tradicionales y la irrupción de liderazgos con perfiles de *outsiders* que se proyectan como ajenos al sistema político tradicional y sus falencias. Así, estos liderazgos emergentes proceden y/o se nutren de figuras y cuadros tecnocráticos, así como de otros espacios relevantes de la sociedad, como la judicatura (Lagos, 2018), las Fuerzas Armadas (Verdes-Montenegro, 2019), o los movimien-

tos evangélicos (Del Campo y Resina, 2020). El caso de Bolsonaro en Brasil es paradigmático en ese sentido, reflejándose esta apuesta por cuadros tecnocráticos en su propio gabinete ministerial, proyectándolos como más eficientes y menos propensos a conductas corruptibles. Estas tendencias identificadas en la región, por otro lado, tienen fuertes paralelismos con las que se registran en otras latitudes.

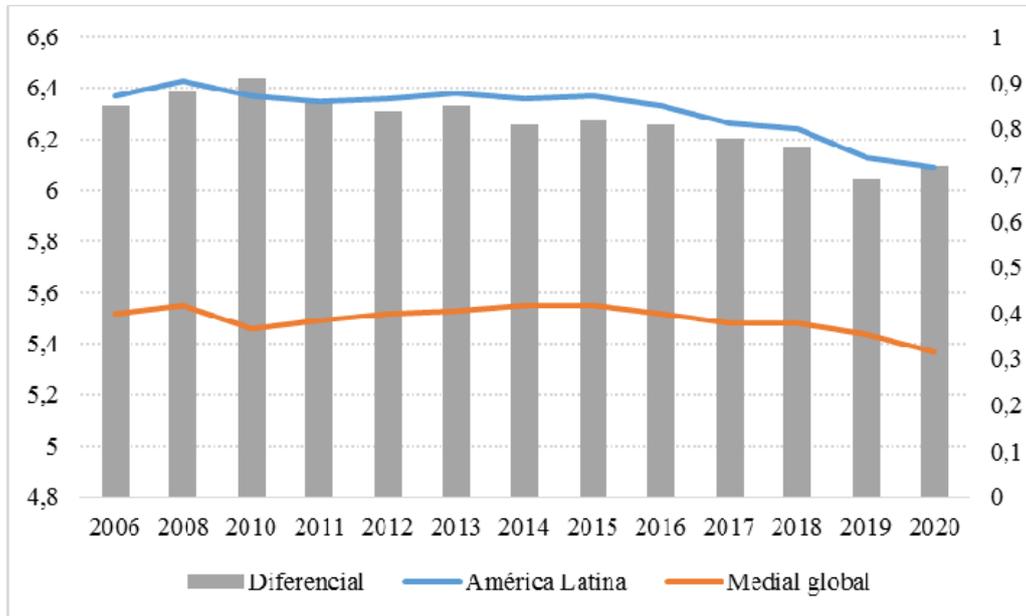
Por su parte, el *Democracy Index* elaborado desde 2006¹ por la Economist Intelligence Unit (EUI), ofrece una instantánea del estado de la democracia en todo el mundo en 165 Estados independientes y dos territorios. Para cuantificar la calidad democrática de un país, este índice se desagrega en cinco categorías: (i) proceso electoral y pluralismo, (ii) funcionamiento del gobierno, (iii) participación política, (iv) cultura política y (v) libertades civiles. En su edición de 2021, las mediciones de este índice a escala global cuentan con un promedio mundial que disminuye de 5,44 en 2019 a 5,37 en 2020, dejando su peor registro histórico en 14 años de recorrido. Como se observa en el Gráfico 1 (en la página 5), hay una sincronización clara en el deterioro de la democracia tanto en el ámbito regional como el global desde 2015.

¹ Si bien desde 2010 el *Democracy Index* se publica de forma anual, cabe precisar que las dos primeras ediciones (2006 y 2008) tuvieron una frecuencia bianual.

Además, por primera vez desde 2010, los puntajes regionales promedio empeoran en todas las regiones del mundo, con caídas especialmente grandes en las regiones dominadas por “regímenes autoritarios” (África Subsahariana, Medio Oriente y África del Norte). En el último año, buena parte de esa caída se explica, según el EUI, por las medidas restrictivas impuestas para responder a la pandemia de coronavirus (COVID-19), lo que se califica como “el mayor retroceso de las libertades individuales jamás emprendido por los gobiernos durante tiempos de paz (y quizás incluso en tiempos de guerra)” (EUI, 2021).

En lo que respecta a América Latina como tal, esta sigue siendo la región emergente más democrática del mundo, solo por detrás de Europa Occidental y América del Norte a escala global. Ahora bien, por quinto año consecutivo, se registra una caída —de -0,04 en 2020, al pasar de 6,13 en 2019 a 6,09—, lo que supone además su peor registro histórico. Desde 2016 se aprecia una erosión progresiva, que en 2019 supuso la mayor caída a escala internacional (EUI, 2019), y en 2020 se sigue ahondando esta tendencia al calor, entre otras, de las políticas que han dado respuesta a la pandemia.

GRÁFICO 1. Evolución de la democracia global y en América Latina (2006-2020)



Fuente: Elaboración propia a partir de EUI (2006-2021).

Respecto a la gestión de la pandemia y los estados de emergencia aprobados en la región, según el Monitor Global de International IDEA, casi dos tercios (65%) de los países en la región ha puesto en práctica medidas para contener la COVID-19 que podrían considerarse preocupantes para la democracia y los derechos humanos. En ese sentido, los regímenes considerados como no democráticos de la región (Cuba, Nicaragua y Venezuela) presentan un número de medidas preocupantes mucho mayor, si bien en otros países, como Brasil, se identifican un número de medidas a monitorizar que no puede perderse de vista (International IDEA, 2020).

Brasil es, a escala internacional, uno de los países que ha registrado un mayor declive en sus parámetros democráticos, junto con la India o Turquía, lo que consolida un preocupante auge de dinámicas autoritarias a escala global (V-Dem Institute, 2021).

Además de la reducción de las libertades civiles, fruto de las restricciones que conlleva la respuesta a la COVID-19, de nuevo de acuerdo con el *Democracy Index* el declive regional de 2020 también se vio influido por las regresiones democráticas constatadas en El Salvador, Guatemala y Haití. En el caso salvadoreño, además, se produce el único cambio en la clasificación por tipología de

países con una degradación de “democracia defectuosa” a un “régimen híbrido”, justificada por razones vinculadas con una mayor corrupción. Llama la atención que ese sea el motivo, ya que las vulneraciones del presidente Nayib Bukele durante su primer año de mandato van más allá de la corrupción y afectan, en buena medida, a la erosión de los contrapesos democráticos y los derechos fundamentales, así como a la instrumentalización de las Fuerzas Armadas y cuerpos policiales (Verdes-Montenegro y Rodríguez, 2020). Ahora bien, como muestra paradigmática de una tendencia más amplia, la degradación del entorno democrático salvadoreño, protagonizada en primera instancia por Bukele, lejos de reprobarse por parte de la ciudadanía salvadoreña en las urnas, ha sido legitimada con el resultado electoral de las elecciones legislativas.

A la luz de estas señales, de los indicadores y los resultados electorales, se observa que los problemas de la democracia en América Latina van más allá de lo que la Administración Trump denominaba como la “troika de la tiranía” (Cuba, Venezuela y Nicaragua). Merece pues abrir una profunda reflexión sobre qué factores explican la pérdida de apoyo de la democracia en el mundo y su contracara: el progresivo ascenso de liderazgos iliberales. Si bien existen rasgos propios en la región que conviene tener presentes, esta dinámica en América Latina se acompasa con una

tendencia ya verdaderamente global de retroceso de la democracia y cuestionamiento del orden internacional liberal (Sanahuja y López Burian, 2020).

El “malestar en la democracia”: origen y factores explicativos

Como una de las principales nociones en el pensamiento político y social contemporáneo, el concepto de democracia entra en la categoría de “concepto esencialmente impugnado” (Galli, 1955), al igual que otras nociones como “libertad”, “justicia” o “igualdad”. Por ello, aunque existe un profuso y rico debate sobre su conceptualización, es difícil encontrar un consenso sobre su propia definición, ya que puede depender tanto de los valores, ideas, identidades y preferencias de quien lo define, como de distintas maneras de racionalizar este concepto, así como de la forma concreta que adoptan los pactos constitucionales o los modelos políticos que lo sostienen. En el caso de la noción de “democracia liberal” (o “democracia liberal de masas”), como concepto y práctica, se convirtió en un estándar normativo global desde el fin de la Guerra Fría, lo que ha llevado a que tanto regímenes como liderazgos que ejercen prácticas autoritarias prefieran autoproclamarse como democracias con variedades terminológicas (popular, soberana, etc.), lo que añade mayor complejidad a su comprensión.

En ese sentido, su definición no está exenta de dificultades. Si, desde un punto de vista normativo, los dos valores que deben alcanzarse son los de la libertad y la igualdad; desde una perspectiva procedimental y mínima, esta se asienta sobre una serie de principios básicos (como la regla de la mayoría, la separación de poderes, el *rule of law*), y la asunción de que también ha de garantizar una serie de derechos (como el sufragio universal) y libertades (como la libertad de expresión, movimiento, asociación, reunión, prensa, enseñanza o culto, entre otras).

Así, cuando se habla de “malestar en la democracia” no deja de hacerse referencia a un término asociado que aborda la crisis “en la” la democracia, y no “de la” democracia. Es decir, que ahonda más bien en la parálisis o mal funcionamiento de la democracia, así como en las relaciones entre la sociedad y los partidos, o entre grupos y estructuras del sistema político (Morlino, 2009). Por ello, cuando en distintos países de América Latina se habla de “malestar en la democracia”, se pretende profundizar en los fundamentos de un descontento generalizado patente tanto en los procesos electorales como en las protestas.

Durante el ciclo electoral 2017-2020, ninguno de los mandatarios latinoamericanos renovó su mandato. Salvo Orlando Hernández, en Honduras, y Nicolás Maduro, en Venezuela —en

ambos casos, no sin un amplio cuestionamiento de la legitimidad de los respectivos procesos electorales— hubo alternancias en todos los países que pasaron por elecciones presidenciales. En 2020 se consolidó la tendencia ya que ninguna fuerza política se ha mantenido en el poder: en Bolivia Luis Alberto Arce recuperó la presidencia para el Movimiento al Socialismo (MAS) tras el periodo interino de Jeanine Añez; mientras en República Dominicana Luis Abinader desplazó a la candidatura oficialista de Gonzalo Castillo. La tendencia generalizada a la derrota del oficialismo, que puede interpretarse como un voto de castigo hacia los líderes y sus partidos, es una consecuencia clara de la amplia desafección política y lo que algunos denominan como “voto de protesta” (Zovatto, 2020) que trasciende el tradicional clivaje izquierda-derecha.

En paralelo, en los meses previos a la pandemia de COVID-19, se observaron distintas oleadas de protestas en la región. Desde Ecuador a Chile, pasando por Colombia, Bolivia, Haití, Brasil, Perú, Panamá, Costa Rica o Guatemala. Además, como se advierte en algún trabajo, como el de Philip Barrett y Sophia Chen (2021), existe una correlación entre desastres, como las epidemias, y estallidos sociales. Por ello, no puede descartarse que retorne a medio plazo el descontento social, expresado ya antes de la pandemia, una vez se vayan reduciendo los efectos sanitarios y las restriccio-

nes asociadas, al mismo tiempo que se agraven las consecuencias económicas y sociales. La pandemia, en ese sentido, no sería tanto el factor causal, sino un catalizador que, según estos autores, se debe atribuir a la desigualdad y la percepción de injusticia.

Por ello, el “malestar en la democracia” como tal se podría entender, según algunos/as especialistas, como una combinación de desconfianza en las instituciones, desaprobación a la gestión de los gobiernos y desafección política (Cantillana *et al.*, 2019). En sí, este no es un fenómeno singular ni novedoso en América Latina. Las distintas crisis económicas que se abrieron paso en la región a finales de los años noventa y principios de 2000, fruto de los desequilibrios financieros que generaba una globalización rampante, significaron amplias crisis políticas y sociales, como la que registró Argentina en 2001. La aparición de la noción de “malestar en la democracia” coincidió así con los registros más preocupantes del Latinobarómetro hasta esa fecha (Paramio, 2001). Es oportuno resaltar, en términos explicativos, el vínculo existente entre ese malestar y factores de índole socioeconómica, y los paralelismos con la situación que plantea la crisis de la COVID-19 en 2021, al registrarse en 2020 la peor recesión en la región desde hace 120 años, con una caída regional del 7,7% del PIB (CEPAL, 2020).

Como apunta Andrés Malamud, hay dos formas de explicar este malestar en la democracia y los estallidos populares recientes en América Latina: por factores económicos (desigualdad y acceso a servicios de calidad, etc.) y por factores políticos (crisis de los partidos, corrupción, etc.). Ahora bien, como indica este autor, las sociedades de hoy explotan por el medio ya que los estratos sociales intermedios de los países de la región han visto frustradas sus expectativas ante el deterioro de la situación socioeconómica. Parafraseando a Dani Rodrik, se plantea la necesidad de un enfoque renovado “que se centre en las inseguridades y ansiedades económicas de los grupos en el centro de la distribución del ingreso”. Así, su propuesta para afrontar este problema pasa por diferenciar tres estratos o niveles: un umbral mínimo de redistribución económica por abajo, acceso social en el medio y pactos políticos por arriba (Malamud, 2020).

Otros trabajos, además, ponen el foco en explicaciones estructurales que revelan elementos de carácter global. Concretamente, se añadiría como factor estructural la crisis de globalización que se está registrando en el sistema internacional desde 2008. Una crisis de la que los países latinoamericanos y, en especial, los suramericanos, por el modo en que se insertaron en ella, no empezaron a verse afectados hasta el fin del ciclo de las materias primas, más patente

desde 2014. Desde entonces, como ya se ha señalado, la actividad económica se ha desacelerado de forma abrupta, y los avances sociales se han frenado, lo que a la postre se vincula con el voto indignado, el aumento de la protesta social y el cuestionamiento de las élites. Como reacción, se observa la aparición de líderes y fuerzas políticas que impugnan la globalización y el orden liberal internacional, deslegitimando así la democracia liberal (Sanahuja y López Burian, 2020).

Este “malestar en la democracia”, en definitiva, apela a la reconstrucción del contrato social en un momento de crisis de globalización, y con las economías impactadas por la pandemia de COVID-19 y sus efectos sociales. Conlleva así una ampliación de la agenda democrática y la exigencia de políticas públicas más amplias, inclusivas y de mayor calidad, sin perder de vista una mayor transparencia y rendición de cuentas de élites e instituciones, y en unas sociedades más abiertas que permitan el ascenso social.

Distintas lecturas de un reto compartido: ¿populismo, autoritarismo y discursos del odio?

En los últimos años se ha ido haciendo más patente la idea de que las democracias en el siglo XXI no tienen los mismos riesgos que en el pasado y, por lo tanto, necesitan adaptarse a sociedades que han registrado cambios de calado. Como

apuntan trabajos como los de Marsteintredet y Malamud (2020), los golpes de Estado —la principal amenaza para la democracia en el siglo XX— se producen cada vez con menos frecuencia a escala internacional, y en América Latina en particular. Como se ha visto, esto no quita que las democracias estén exentas de dificultades en el siglo XXI y sea necesaria una revisión conceptual, metodológica y normativa. ¿Cómo interpretar entonces los cambios que se aprecian a raíz del malestar palpable en distintos indicadores?

Fruto de la llegada de Trump a la Casa Blanca se ha popularizado el planteamiento de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en *Cómo mueren las democracias* (2018). En este libro, la raíz de los problemas de las sociedades democráticas residiría en buena medida en la emergencia de demagogos extremistas. Para responder a estos liderazgos, Levitsky y Ziblatt sugieren una suerte de “cordones sanitarios” a poner en práctica por parte de las élites y los partidos políticos para frenarlos. De ellos dependería, según estos, mantenerlos alejados de los puestos principales, al articular un frente común que hiciera las veces de dique de contención democrático que se rige por dos normas: la tolerancia mutua y la contención institucional.

En ese sentido, por su experiencia en el estudio de procesos democráticos más allá del estadounidense, entre los

cuales hay varios casos latinoamericanos, cuatro serían los elementos para identificar la emergencia de este tipo de liderazgos autoritarios, según Levitsky y Ziblatt: (i) rechazo o débil aceptación de las reglas democráticas del juego; (ii) negación de la legitimidad de los adversarios políticos; (iii) tolerancia o fomento de la violencia; (iv) predisposición a restringir las libertades civiles de la oposición, incluidos los medios de comunicación. En el caso latinoamericano, los casos de Bolsonaro, en Brasil, o de Bukele, en El Salvador, serían los ejemplos paradigmáticos en el periodo considerado en este trabajo.

A este respecto, merece la pena tener presente la crítica de Yanina Welp (2020) al planteamiento de Levitsky y Ziblatt, ya que, al centrar la agenda de debate en el populismo, automáticamente asociado con el autoritarismo, se obvia la crítica profunda del rol de las élites, incluyendo las intelectuales, en el funcionamiento efectivo de la democracia. Es decir, en la incapacidad de las élites para incluir las demandas de las sociedades y demostrar que la política puede mejorar su día a día. En este sentido, las limitaciones en la provisión de servicios públicos de calidad, y la protección de los derechos humanos en la práctica, son cuestiones a integrar en una agenda de renovación democrática. Para América Latina, esto entroncaría con los debates que desde la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se están promoviendo para un programa de reconstrucción pospandemia y la necesidad de un “nuevo contrato social”, e iniciativas como un ingreso mínimo vital (OCDE, 2017; The Economist, 2021).

Desde otro punto de vista, Yascha Mounk (2021) pone el acento en que el problema de las democracias no es tanto su retirada sino el resurgimiento del autoritarismo. Si las fuerzas autoritarias antes se limitaban a sobrevivir como fuerzas residuales en los sistemas democráticos, ahora se aprecia un planteamiento a la ofensiva que atisba unas décadas de disputa con un resultado todavía por determinar. Según Mounk, la Administración Trump marcó un antes y un después tanto por su acción a la hora de empoderar estos movimientos como por su inacción frente a ellos. La llegada de Biden pretende revigorizar a los aliados democráticos, si bien deberá resolver dilemas entre su compromiso con la democracia e intereses geoestratégicos (Mounk, 2021).

Mounk apunta la necesidad de repensar la noción de “promoción de la democracia”, decantándose más bien por la idea de “protección de la democracia”. En ese sentido, y de cara a la Cumbre para la Democracia, considera necesario clarificar tres cuestiones de fondo: por un lado, cuál es el estándar mínimo democrá-

tico; por otro, el coste que tendrá su incumplimiento; y, finalmente, la implicación de otros países a que desplieguen sus propias versiones. En el caso latinoamericano, es interesante comprobar qué viraje supondrá la Administración Biden respecto a Cuba, Venezuela y Nicaragua, sin perder de vista a la emergente derecha “neopatriota” (Sanahuja y López Burian, 2020) que encabeza Bolsonaro en Brasil.

Finalmente, como una aproximación que aúna lo procedimental y lo sustancial, encontramos una hipótesis en torno a los retos democráticos presentes que ha aflorado a través de Daniel Innerarity y Serge Champeau (2021). En este caso, se pone el foco en los discursos del odio que nos conducen hacia versiones más iliberales de la democracia occidental, o “democracia iliberal del odio”, tal y como lo califican estos autores. Un aspecto llamativo de esta interpretación es que se vincularía al mismo tiempo con una mayor contención de la violencia. Así, como una manifestación de la fortaleza civilizatoria de la democracia, estos apuntan que el odio no sería la antesala de la violencia sino su sustitutivo. Lejos de subestimar el fenómeno, Innerarity y Champeau apuntan a su efecto estabilizador e hipócrita: se ejerce en un marco que quienes emplean este tipo de discursos declaran querer subvertir. Al mismo tiempo, esta deriva de las democracias impediría el diálogo y las transacciones necesarias para la

puesta en práctica de políticas de calidad, complejas y a largo plazo.

Esta aproximación, en realidad, es un corolario de una reflexión más amplia que ha abierto el propio Innerarity sobre la necesidad de complejizar la democracia. Para este, la principal amenaza no es la violencia ni la corrupción o la ineficiencia, sino la simplicidad. De ahí que abogue por la necesidad de repensarla tanto a nivel político como teórico dado que las “ficciones útiles” para periodos previos se han convertido en “simplificaciones confusas” que ponen de manifiesto el “déficit de complejidad de nuestras instituciones” (Innerarity, 2020).

En definitiva, las democracias están sufriendo un progresivo deterioro que pide a gritos una revitalización de sus alianzas, herramientas y horizontes. Las tendencias que se observan tanto en América Latina como a escala global reclaman abrir espacios de diálogo, reflexión y debate que permitan analizar la complejidad de los fenómenos que están operando, al mismo tiempo que renuevan los instrumentos analíticos y políticos para afrontar estos retos.

No hay una receta única para ello, aunque sí es preciso compartir buenas prácticas y cooperar en un proceso de renovación que permita revitalizar el sistema de gobernanza más eficaz, plural y legítimo frente a los múltiples desafíos que conlleva la

reconstrucción pospandemia. Iniciativas como la Cumbre para la Democracia, promovida por la nueva Administración estadounidense, o la Conferencia sobre el Futuro de Europa, que impulsa la Unión Europea son, espacios propicios para abrir parte de esta conversación. Los países latinoamericanos y caribeños, como miembros de una de las tres regiones más democráticas a escala global, no pueden quedarse atrás en este debate y tienen que generar espacios propios hacia adentro, al mismo tiempo que participan de la deliberación hacia afuera. Sin duda, parte de este proceso pasa por abrir espacios que recojan el malestar que se está palpando en las urnas y las calles, canalizándolo en un proceso de revisión de los contratos sociales. A este respecto, sin duda, el proceso constituyente chileno marca un camino de deliberación colectiva que deberá acompañarse a escala regional y global.

Recurriendo al vocabulario de una pandemia que sigue bien presente en el día a día, puede decirse que si 2020 fue un año en el que esta puso a prueba —como un test democrático— la cultura política de cada país a la hora de aprobar, gestionar e implementar las restricciones por cuestiones de salud pública; 2021 es el año en el que no solo debe extenderse el proceso de vacunación contra la COVID-19 sino que también debe abrir paso a una vacuna democrática

que pasa por su renovación y revitalización.

Francisco J. Verdes-Montenegro es investigador en la Fundación Carolina. Doctor en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid, tiene experiencia en asesoría técnica parlamentaria y gubernamental. Su área de especialización es América Latina y el Caribe (ALC), y sus líneas de investigación giran en torno a las cuestiones de paz y seguridad, regionalismo e integración, y relaciones Unión Europea-ALC.

Referencias bibliográficas

- BARRET, P. y S. CHEN (2021): “Social Repercussions of Pandemics”, *IMF Working Paper* n° 21 (enero 2021).
- CANTILLA, G.; CONTRERAS, G.; MORALES, M.; OLIVA, D. y PERELLÓ, L. (2017): “Malestar con la representación democrática en América Latina”, *Política y gobierno*, 24(2), pp. 245-274.
- CEPAL (2019): “Estudio Económico de América Latina y el Caribe, 2019”, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/PUB.2019/12-P), Santiago, 2019.
- CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO (2018): “Informe 2018”, *Latinobarómetro*, Santiago
- DEL CAMPO, E. y RESINA, J. (2020): “¿De movimientos religiosos a organizaciones políticas? La relevancia política del evangelismo en América Latina”, *Documento de Trabajo* n° 35 (2ª época), Fundación Carolina, Madrid.
- GALLI, E. (1956): “Essentially Contested Concepts”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, New Series, Vol. 56 (1955-1956), pp. 167-198.
- LEVITSKY, S. y ZIBLATT, D. (2018): *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, ed. Ariel, Barcelona.
- INNERARITY, D. (2020): *Una teoría de la democracia compleja*, Madrid, ed. Galaxia Gutenberg.
- INNERARITY, D. y CHAMPEAU, S. (2021): “¿Y si las sociedades con discurso más agresivo fuesen las menos violentas?”, *El País* (8 de febrero de 2021).
- MALAMUD, A. (2020): “¿Por qué estalla Latinoamérica?”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, n° 2, Vol. 20, ITAM, pp. 2-9.
- MARSTEINTREDET, L. y MALAMUD, A. (2020): “Golpes con adjetivos: ¿precisión o confusión?”, *Análisis Carolina* n° 5/2020, Madrid, Fundación Carolina.
- MORLINO, L. (2009): *Democracias y democratizaciones*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- MOUNK, Y. (2021): “Democracy on the Defense. Turning Back the Authoritarian Tide”, *Foreign Affairs* (marzo-abril).
- OCDE (2017): “Perspectivas Económicas de América Latina 2017. Juventud, competencias y emprendimiento”, *Centro de Desarrollo de la OCDE*

- CAF-CEPAL, 29 de octubre de 2016.
- PARAMIO, L. (2002): “La globalización y el malestar en la democracia”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 20, pp. 5-24.
- SANAHUJA, J.A. (2019): “América Latina: malestar democrático y retos de la crisis de la globalización”, en: *Panorama Estratégico 2019*, Madrid, Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- SANAHUJA, J.A. y LÓPEZ BURIAN, C. (2020): “Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al orden liberal internacional”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 126, Barcelona, CIDOB, Barcelona, pp. 41-63.
- V-DEM INSTITUTE (2021): “Autocratization Turns Viral”, *Democracy Report 2021*, V-Dem Institute, University of Gothenburg, Gotemburgo
- VERDES-MONTENEGRO, F.J. (2019): “La (re)militarización de la política latinoamericana: origen y consecuencias para las democracias de la región”, *Documento de trabajo*, nº 14 (2ª época), Madrid, Fundación Carolina.
- VERDES-MONTENEGRO, F.J. y RODRÍGUEZ-PINZÓN, E.M. (2020): “Bukele y las Fuerzas Armadas: un tándem que erosiona los contrapesos de la democracia salvadoreña”, *Pensamiento Propio* nº 51, CRIES.
- WELP, Y. (2020): “La democracia y el declive de las elites”, *Nueva Sociedad*, nº 290, Buenos Aires (noviembre-diciembre).
- ZOVATTO, D. (2019): “Latin America: political change in volatile and uncertain times”, *IDEA Commentary*, Estocolmo, International Institute for Democracy and Electoral Assistance.

Fundación Carolina, marzo 2021

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_11.2021

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)